

**Programa Buenos Aires de Historia Política
Foros de Historia Política – Año 2013**
www.historiapolitica.com

Foro 1: Sectores populares y política

Guerra y movilización popular en tiempos revolucionarios. Una perspectiva desde la Batalla de Tucumán

Fernando Gómez (UBA – CONICET)

La batalla de Tucumán constituye un acontecimiento fundamental en la guerra desatada luego de la Revolución de Mayo y como tal ha sabido ganarse un lugar en la historiografía argentina. Su presencia en el imaginario histórico de la generalidad de la población argentina ha cobrado un reciente impulso con la declaración del feriado nacional para recordar el bicentenario de la misma, el pasado 24 de septiembre. Sin embargo, es preciso destacar que entre los tucumanos la fecha ha sido una referencia indiscutible y continuamente revitalizada por la educación escolar pero también por la trama de memoria histórica que se ha tejido desde los tiempos sucesivos a la batalla misma y que encuentra como manifestación inequívoca a una de las avenidas principales de la ciudad, justamente denominada 24 de septiembre.¹

En este trabajo nos proponemos retomar los estudios de la batalla de Tucumán que ha dejado la historiografía, para luego analizar la batalla y la coyuntura en ciernes a partir de los planteos renovados sobre el período que tuvieron lugar en las últimas dos décadas. Nos interesa especialmente intentar comprender las motivaciones que guiaron la participación de los sectores subalternos en la guerra y la batalla en particular.

¹ La rememoración de la batalla de Tucumán ha sido estudiada con solidez por Ana Wilde para el período comprendido hasta 1853. Véase Wilde, A. (2011) “Representaciones de la política pos revolucionaria. Un acercamiento a la liturgia republicana (1810-1853)”, en G. Tío Vallejo (coord.) *La república extraordinaria. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria ediciones, pp. 79-145.

Marcando algunas líneas e hipótesis analíticas sobre dichas motivaciones finalizaremos este trabajo.

La batalla de Tucumán en la historiografía tradicional²

Los primeros relatos sobre las guerras desencadenadas por la Revolución de Mayo los podemos encontrar en los propios protagonistas de los acontecimientos, quienes escribieron sus memorias —no precisamente críticas— en muchos casos buscando dejar una versión propia de su actuación. La importancia de dejar asentado un buen desempeño en las guerras era considerable si entendemos que el honor era un valor trascendental en la época, pero también si tenemos en cuenta que, en algunos casos, el propio partícipe o su descendencia podían gestionar frente a los estados en formación algún tipo de retribución en reconocimiento por los servicios prestados.³ En este apartado pasaremos por alto estas primeras narraciones para retomarlas en el final cuando las utilizaremos como fuentes o testimonios directos.

Ciertamente más influyentes y para nosotros más relevantes son los relatos canónicos de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, quienes demarcaron las líneas de la historiografía argentina con insospechado éxito. A pesar de sus claros matices, en este trabajo nos interesa resaltar su concordancia al prestar exclusiva atención a un espacio nacional. Es decir se trata de enfoques que delimitaron su marco de exploración en clave nacional, articulando las necesidades del momento histórico que atraviesan a la dirigencia política con una matriz de análisis que encontró un componente nacional emergente desde principios de siglo XIX, componente que se materializó prontamente luego de la Revolución de Mayo.⁴

² El análisis historiográfico propuesto no busca ser exhaustivo y completo sino por el contrario específico y puntual sobre el enfoque general de diferentes corrientes historiográficas con la intencionalidad concreta de repensar nuestro trabajo de investigación planteando un itinerario determinado que nos permita profundizar en el análisis de un caso particular. Para un análisis reciente de carácter más amplio sobre la historiografía de las guerras del período véase Di Meglio, G. (2007) “La guerra de independencia en la historiografía argentina” en M. Chust & J. A. Serrano (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*. Madrid: AHILA-Iberoamericana-Vervuert, pp. 27-45.

³ Los relatos característicos y más citados en este sentido son: Araoz De Lamadrid, G. (1968) *Memorias del General Gregorio Araoz de Lamadrid*. Buenos Aires: Eudeba. Paz, J. M. (2000) *Memorias póstumas de José María Paz*. Buenos Aires: Emecé.

⁴ Se ha marcado una divergencia importante entre la primigenia obra de Mitre en 1856 y su posterior edición en 1876, donde el agregado de un capítulo introductorio afirma la direccionalidad que aquí señalamos. Véase Palti, E. (2000) “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”. *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3º serie, n° 21. Wasserman, F. (2001) “De Funes a Mitre: imágenes de la Revolución de Mayo durante la primera mitad del siglo XIX”. *Prismas. Revista de Historia intelectual*, año 5, n° 5.

De todas maneras, una atenta lectura de los episodios de Tucumán en la *Historia de Belgrano* de Mitre deja dos interesantes matices a su propia lógica de conjunto. En primer lugar, a pesar de considerar a la emancipación americana “un hecho fatal” e inevitable, aparecía cierto protagonismo de la contingencia en la medida que la suerte de la batalla de Tucumán estaba abierta y el resultado podía haber sido otro. En segundo lugar y ligado a lo anterior, se contemplaba la dimensión americana del triunfo de Belgrano. En palabras de Mitre:

Lo que hace más gloriosa esta batalla fue, no tanto el heroísmo de las tropas y la resolución de su general, cuanto la inmensa influencia que tuvo en los destinos de la revolución americana. En Tucumán salvóse no sólo la revolución argentina, sino que puede decirse contribuyó de una manera muy directa y eficaz al triunfo de la independencia americana.⁵

Igualmente está claro que se trata de matices secundarios ya que el propio Mitre observaba en la batalla la participación de una “infantería argentina” y entendía que la jornada había sido “una de las más gloriosas para las armas argentinas”.⁶

Por su parte, López presenta una línea argumental similar en tanto entiende que se trató de una guerra entre fuerzas nacionales e invasores. Es interesante de todos modos reparar en su lectura de la batalla de Tucumán, ya que no soslayaba la participación local, aunque la entendía subordinada a las resoluciones del líder, Belgrano. De este modo, planteaba López,

...el general y su ejército, rodeados y aumentados con la adhesión de las masas populares, y ardiendo en bélico entusiasmo, habían resultado contener y desbaratar la invasión en aquella hermosa tierra que por primera y última vez pisaban los enemigos de la independencia nacional...⁷

La participación de las milicias locales hace de la batalla de Tucumán, para López, “la más CRIOLLA de todas cuantas batallas se han dado en el territorio argentino y quizás en toda la América del Sud”. Más adelante se permitía comparar el ataque de la caballería local con “aquella famosa irrupción de ganados salvajes que Aníbal echó sobre las legiones de Varrón con mechas encendidas en los cuernos”⁸. Por si hacía falta,

⁵ Mitre, B. (1978) *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires: Eudeba, p. 94.

⁶ Idem. p. 86 y p. 90.

⁷ López, V. F. (1913) *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires: Kraft, Vol. IV. pp. 209-210.

⁸ Idem. p. 227. Mayúsculas en el original. Hay que considerar que en la construcción narrativa de Vicente López abundan las comparaciones con imágenes representativas históricas o clásicas, en este sentido, es

López aclaraba que esta vez los caballos iban mejor dirigidos, por sus jinetes. A propósito, Mitre también se encargó de adjetivar el porte de la caballería tucumana, advirtiendo que estaba armada de forma rudimentaria y “presentaba un aspecto verdaderamente salvaje”.⁹ A fin de cuentas, parece ser que la efectiva participación local generó en estos historiadores contrariedades que se pueden entender a la luz de las palabras de Tilio Halperin Donghi, cuando señalaba que el contexto de producción de ambos presentaba la necesidad de respaldar un orden vigente marcado por la fragilidad. En este sentido aun cuando reconocían la predominante participación de los sectores subalternos en la batalla, la conceptualizaban como espasmódica, anárquica e irracional. Si dejamos atrás esta etapa inicial de la historiografía, vemos que la matriz que pretende encontrar una guerra de independencia en el marco de una prefigurada nación, donde los ejércitos argentinos se ven auxiliados por las indescriptibles milicias, seguirá vigente por largo tiempo. La historiografía hegemónica de la primera mitad del siglo XX, conocida como *Nueva Escuela Histórica* —denominación generada en 1916 por Juan Agustín García¹⁰—, mantuvo las líneas argumentales centrales entendiendo la preexistencia de la nación y concibiendo a las guerras que siguen a la Revolución como guerras de Independencia Nacional. En el capítulo de la *Historia de la Nación Argentina* —obra emblemática de la *Nueva Escuela*—, que trató la batalla de Tucumán, Emilio Loza, su redactor, realizó un pormenorizado análisis de las disposiciones de los ejércitos y presentó una lucha entre Belgrano y su conciencia para tomar la determinación de presentar batalla. A fin de cuentas, señaló que la decisión fue exclusiva del líder y describió la participación de la caballería local con singular menoscabo, al señalar, apoyándose en los escritos de Belgrano, que se encontraba “primitivamente armada y sin otro valor militar que un ardiente deseo de intervenir en la «camorra»”.¹¹

significativo recordar que antes de la *Historia...*, López escribió el texto *Memoria: sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*. Sin dudas se trata de un relato más vivaz que erudito, al que Halperin califica como un manifiesto romántico. Véase López, V. F. (1943) *Memoria: sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*. Ed. Nova y Halperin Donghi, T. (1996) “Vicente Fidel López, historiador” en Idem, *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

⁹ Mitre, B., op. cit. p. 86.

¹⁰ Pagano, N. & Galante, M. (1993) “La nueva escuela histórica: una aproximación institucional, del centenario a la década del 40” en Devoto, F. (comp.) *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, Buenos Aires: CEAL. p. 45. Véase un análisis crítico de esta corriente en Campione, D. (2002) *Argentina. La escritura de su historia*. Buenos Aires: IMFC, Centro Cultural de la Cooperación.

¹¹ Loza, E. (1961-1963) “Yatasto, Tucumán y Salta” en *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: El Ateneo. Vol. 6. p. 507.

Asimismo, las historias provinciales mantuvieron iguales premisas e incluso tomaron como referencia de autoridad a sus propios autores —Mitre o López—objetivando así la construcción historiográfica. Para el caso de Tucumán el historiador emblemático en este sentido fue Manuel Lizondo Borda, quien desarrolló un extenso estudio histórico dedicándole un esquemático tomo al siglo XIX donde, sin embargo, la batalla no aparecía contemplada. En otros breves trabajos sí dedicó este autor unas páginas a la batalla de Tucumán pero, como decíamos, sin salirse de los planteos ya desarrollados y entendiéndola como “el primer acto del triunfo argentino del norte”.¹²

Las primeras disidencias a la conceptualización hegemónica desarrollada, se hallan en trabajos de mediados del siglo XX como son los escritos de Enrique De Gandía y Jorge Abelardo Ramos. El primero, como explica Gabriel Di Meglio en el trabajo citado, desestimó la conceptualización que observaba una Argentina naciente enfrentándose a una España opresora, puesto que propuso que se trataba de una guerra civil entre dos bandos de hispanoamericanos: de un lado liberales como Mariano Moreno y del otro “absolutistas como los revolucionarios de Córdoba y de otras partes de América que se negaron a acatar la voluntad de las Juntas que defendían los derechos del pueblo”.¹³ Por su parte, con menor rigor historiográfico y mayor combatividad política, Abelardo Ramos afirmaba que el conflicto se daba entre dos Españas: “¡Dos Españas había y luchamos la una contra la otra!”; por un lado la “España negra”, reaccionaria y feudal y por el otro la España liberal y revolucionaria. En este sentido contrariaba la argentinidad mitrista postulando que “americanos y españoles combatieron mezclados en los dos campos”.¹⁴

La renovación historiográfica y la guerra posrevolucionaria

Si bien las dos últimas interpretaciones de las guerras revolucionarias que mencionamos suponen una salida al paradigma nacional en distinta escala, fueron los trabajos de Túlio Halperin Donghi los que marcaron un notorio quiebre en el análisis en relación a las

¹² Lizondo Borda, M. (1995) “Tucumán la batalla del pueblo” en AA. VV. *Manuel Belgrano, los ideales de la patria*. Buenos Aires: Instituto Nacional Belgraniano, p. 59. Lizondo Borda, M. (1962) *Sobre la batalla de Tucumán: en celebración de su sesquicentenario, 1812-1962*. Tucumán: Comisión del Sesquicentenario de la Batalla de Tucumán. Lizondo Borda, M. (1948) *Historia de Tucumán, siglo XIX*. Tucumán: Instituto de Historia. Univ. Nac. de Tucumán. Hay una síntesis de toda la obra: Lizondo Borda, M. (1965) *Breve historia de Tucumán, del siglo XVI al siglo XX*. Tucumán: Gobierno de Tucumán.

¹³ Gandía, E. (1946), *Las ideas políticas de Mariano Moreno. Autenticidad del plan que le es atribuido*. Buenos Aires: Peuser, pp.45-46. Véase Di Meglio, G., op. cit., p. 35.

¹⁴ Ramos, J. A. (1973) *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Buenos Aires. pp. 29-31. Una intensa síntesis de posiciones frente a la Revolución de Mayo se puede encontrar en Gelman, J. & Fradkin, R. (2010) *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Sudamericana.

bases sentadas por Mitre y proseguidas por la historiografía posterior. En el clásico *Revolución y Guerra*, Halperin demuestra claramente la ineficacia de una de las premisas previas al corroborar que el pretendido destino manifiesto hacia la conformación de un país se ubica claramente con mayor énfasis en las presuposiciones retrospectivas de los historiadores antes que en la propia dinámica de la guerra misma. Sería la guerra desatada un manantial de conflictos sociales e inconvenientes para unas autoridades políticas que tuvieron mayor éxito para comenzarla que para encontrarle un final. Posteriormente, en un libro de integración, Halperin quebró el espacio nacional y presentó un análisis que buscaba “los rasgos comunes y las grandes líneas” que atravesaron un proceso que se suponía amplio. Sin embargo no dejaba de contemplar cierta diversidad en las distintas regiones, e incluso sentencia que una de las tempranas consecuencias de la crisis imperial fue “la de exasperar la heterogeneidad iberoamericana, hasta entonces en parte corregida y en parte ocultada por su estructuración en dos grandes imperios coloniales”.¹⁵

Desde otros horizontes se volverá a retomar más tarde la hipótesis que parte de una mirada atlántica para entender el proceso revolucionario. Esta vez la visión atlántica tendría un trascendental impulso de la mano de los trabajos de François Xavier Guerra, quien con una perspectiva general del proceso buscaba al mismo tiempo ampliar el enfoque de análisis y encontrar una lógica que permitiese concebir la dinámica general de los acontecimientos como un todo unívoco. En la introducción de su libro *Modernidad e Independencias*, Guerra afirmaba que la revolución liberal española y las independencias hispanoamericanas comprendían un proceso único, iniciado con la irrupción de la Modernidad en una Monarquía del Antiguo Régimen que se terminaría desintegrando en múltiples Estados soberanos. De este modo, para el autor era imprescindible una nueva perspectiva global puesto que “ni lo económico-social, ni lo local, explican de manera satisfactoria la característica esencial de las independencias: es decir su simultaneidad y la semejanza de los procesos”. ¿Cuál era entonces la clave de interpretación en esta perspectiva atlántica ante el pluralismo y la diversidad económica y social? Nuevamente en palabras de Guerra:

Lo que todas las regiones de América tienen entonces en común es su pertenencia a un mismo conjunto político y cultural. Es por tanto en el campo de lo político y de

¹⁵ Halperin Donghi, T. (1985) *Reforma y disolución de los imperios ibéricos (1750-1850)*. Madrid: Alianza, p. 14.

lo cultural donde, sin olvidar las otras, habrá que buscar las causalidades primeras.¹⁶

Los escritos de Guerra, focalizados en el análisis de las ideas y privilegiando esta “mutación cultural”, han dejado una notable influencia pero también han suscitado demoledoras críticas.¹⁷ Entre las primeras, encontramos una serie de estudios que comenzaron a indagar cuál había sido el resultado de la caída de la monarquía entendiendo el impacto como un todo en un territorio amplio al que se pensaba desembarazado de los recortes nacionalistas. De este modo, se observó un estallido de la soberanía puesto que caído el poder central pasó a recaer en “los pueblos”, de forma tal que numerosos espacios político-territoriales comenzaron a bregar por una autonomía política que a su vez debían comenzar a administrar. Los conflictos entre distintos territorios fueron múltiples al tiempo que fueron diversas las formas de constituir una representación política soberana en cada uno de los territorios pretendidamente autónomos. Uno de los referentes más destacados de este tipo de estudios en términos hispanoamericanos es Antonio Annino, quien ha relevado la trascendencia de las designaciones de autoridades y la problemática de la soberanía.¹⁸ Por su parte, en nuestro país resaltan los abordajes de José Carlos Chiaramonte.

Chiaramonte ha trabajado las tensiones entre proyectos centralistas y autonomistas pero sobre todo ha sido quien con mayor precisión ha logrado desarticular la presencia de una identidad argentina como preludio o corolario inmediato de la Revolución de

¹⁶ Guerra, F. X. (1993) *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 17.

¹⁷ Para las influencias –y ciertas discusiones actuales- remitimos a un completo estado de la cuestión en Ávila, A. (2004) “De las independencias a la modernidad: notas sobre un cambio historiográfico” en E. Pani & A. Salmerón (coords.), *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, p. 76-112. Entre las críticas se puede mencionar el análisis de Jaime Peire donde advierte una excesiva mirada global cuando en América el proceso fue ciertamente diferente en las distintas regiones, aumentando por consiguiente el peso de los factores internos de cada región. Un tanto más agudo es el trabajo de José Piqueras, quien entiende que al profundizar en la revolución como mutación cultural, Guerra soslaya los cambios sociales y económicos y minimiza los cambios institucionales, a fin de cuentas, para Piqueras, un planteo reduccionista. Peire, J. (2007) “François-Xavier Guerra y las nuevas perspectivas en la historia política de América Latina” en J. Peire, (comp.) *Actores, representaciones e imaginarios. Homenaje a François-Xavier Guerra*. Buenos Aires: EDUNTREF. Piqueras, J. A. (2008) “Revolución en ambos hemisferios: común, diversa(s), confrontada(s)”. *Historia Mexicana*, N° 229, 2008, p. 83.

¹⁸ Annino ha publicado una reconocida compilación sobre esta temática: Annino, A. (comp.) (1995) *Historia de las elecciones en Iberoamérica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Véase también Annino, A. (2003) “Soberanías en lucha”, en A. Annino & F. X. Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, y Annino, A. (2008) “Imperio, constitución y diversidad en la América Hispana”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, Puesto en línea: 17-5-2008. URL: <http://nuevomundo.revues.org/33052>.

Mayo.¹⁹ Con sus investigaciones queda claramente demostrada la improcedencia de un marco nacional para indagar en el proceso bélico que se inicia en 1810.

Si bien estos últimos trabajos relevados no enfocan su temática en la guerra, nos parece fundamental traerlos a cuenta para comprender el consenso historiográfico sobre el que se siguió avanzando en el análisis de la guerra revolucionaria. De este modo, a pesar de las diferencias y los marcados matices, podemos encontrar como tópico en común entre los diferentes estudios recientes el quiebre con el marco nacional delimitado por las historiografías decimonónicas y la pretensión de comprender los distintos procesos despojándose de una mirada esencialista sobre la formación de las diversas unidades políticas.

Para abordar el caso de Tucumán, son fundamentales los trabajos de Gabriela Tío Vallejo. Vinculada a las tradiciones señaladas, Tío Vallejo ha investigado en sus estudios doctorales la trascendencia de los procesos electorales que actuaron sobre un trasfondo de prácticas tradicionales pero no tardaron en resignificarlas absorbiendo y generando los cambios que se dieron con posterioridad a la Revolución de Mayo. Asimismo, la autora ha trabajado el impacto de la guerra en distintos niveles, señalando como cardinal el cambio en el lugar político y social de las milicias y sus dirigentes.²⁰ A fin de cuentas, el estudio de Tío Vallejo advierte que la llegada de los ejércitos produjo significativos cambios socio-económicos en la sociedad tucumana; relevando así una de las numerosas aristas que fueron soslayadas antiguamente a favor de la reproducción sistemática de acontecimientos y descripciones técnicas.

De esta manera, los resultados más relevantes de estas investigaciones, nos permiten hablar de cierto consenso historiográfico que resitúa las primeras etapas de la guerra revolucionaria como un período signado por la búsqueda de autonomía, no solamente de las grandes jurisdicciones sino de cada uno de “los pueblos” que conformaban la monarquía española.

Esta concepción de estallido de autonomías a partir de la retroversión de la soberanía a los pueblos constituía, sin embargo, una mirada que no deja de contemplar el desarrollo

¹⁹ Entre sus numerosas publicaciones, destacamos Chiaramonte, J. C. (1991) “El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana”. *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3º serie, nº 2, Buenos Aires, y Chiaramonte, J. C. (1997) “La formación de los Estados nacionales en Iberoamérica” *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3º serie, nº 15, Buenos Aires.

²⁰ La autora señala en un pasaje: “La importancia de la guerra de independencia en la militarización de la sociedad se ve claramente cuando se considera el lugar que las milicias tenían en el antiguo régimen colonial tucumano.” Tío Vallejo, G. (2001), *Antiguo Régimen y Liberalismo. Tucumán, 1770-1830*. Tucumán: Cuadernos de Humanitas, FFyL, UNT, p. 261.

histórico desde las instituciones de poder o centrada en los referentes políticos territoriales. De esta manera se mostraba incapaz para comprender ciertas lógicas de participación o desempeño de distintos sectores excluidos de las altas esferas o de los núcleos de poder político. Buscando generar una aproximación más cercana a los intereses de los sectores subalternos han comenzado a desarrollarse una serie de trabajos, no necesariamente contrapuestos a la mirada desde la problemática de la soberanía, aunque sin duda disímiles y complementarios.²¹

El nuevo enfoque supone entonces una reducción en la escala de observación para intentar comprender las lógicas que guían las adhesiones de los sectores subalternos a determinadas causas político-militares.²² En este tipo de análisis, la denominación que la historiografía tradicional ha otorgado a las guerras que siguieron a la Revolución de Mayo pierde precisión: los epítetos de “guerras de independencia” y “guerras civiles” y sobre todo la consiguiente derivación lógica que suponen para comprender la pertenencia o fidelidad de los participantes, demuestran ser improcedentes para comprender numerosas circunstancias que marcaron adscripciones a una u otra parcialidad. Buscando superar los problemas que suponen dichas nominaciones, Raúl Fradkin ha propuesto el concepto de “guerras de la revolución” señalando que “supusieron una movilización de hombres y recursos como nunca antes se había producido”, conformando entonces “una experiencia social de masas de máxima

²¹ Algunos de esos trabajos se pueden encontrar en Di Meglio, G. (2006), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires: Prometeo. Frega, A. (2007) *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista: la región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*. Ediciones de la Banda Oriental. Bragoni, B. y Mata de López, S. (2007) “Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense”. *Anuario de Estudios Americanos*, 64, 1, enero-junio, Sevilla. Paz, G. (2008) “El orden es el desorden”. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821” en R. Fradkin & J. Gelman (comps.), *Desafíos al Orden, Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*. Rosario: Prohistoria. Fradkin, R. O. (ed.) (2008) *¿Y el pueblo donde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo-libros.

²² Esta corriente también tiene diálogo con historiografía hispanoamericana. La referencia ineludible son los trabajos de Eric Van Young, quien ha estudiado con detenimiento la actuación de los grupos subalternos en las derivas que toma el mundo rural mexicano ante la caída del poder central. De sus análisis sobre los levantamientos de los pueblos de indios nos parece sumamente relevante considerar el cerramiento sobre sí mismos ante la posibilidad de un ataque. En la misma dirección, Van Young destaca que el mundo conocido, de carácter local, era el que moldeaba la cosmovisión de los habitantes de estos pueblos. Una cosmovisión claramente localocéntrica que define con el neologismo “Campanalismo”, en sus palabras: “una tendencia a pensar que el mundo terminaba, metafóricamente, en el horizonte visto desde el campanario del pueblo”. Van Young, E. “1810-1910: Semejanzas y diferencias” en *Historia Mexicana*, vol. LIX, núm. 1, julio-septiembre, Distrito Federal, México, 2009, pp. 423-424. Véase también la extensa obra de Van Young: Van Young, E., *La otra rebelión*, México, FCE, 2006.

intensidad”.²³ El mismo autor, analizando el litoral rioplatense ha señalado que la guerra “no dejó de adoptar la forma de una guerra de autodefensa local”.²⁴

Asimismo, nos parece trascendente mencionar que a partir de ese tipo de enfoques han surgido matices en relación a los planteos mencionados anteriormente. Quizás uno de los más relevantes se encuentra en cierto alejamiento de los análisis que entienden la movilización de los sectores subalternos como respuesta a un impulso fundamental dado por las iniciativas metropolitanas y, particularmente en algunas zonas, por la Constitución de Cádiz.²⁵ El nuevo enfoque señalado reconoce una mayor autonomía de los sucesos de la península e incluso encuentra una prolongación de determinadas lógicas de acción previas que cobran impulso a partir de la disolución de la monarquía.²⁶

Motivaciones y participación política-militar en la batalla de Tucumán

Considerando el relevamiento historiográfico planteado intentaremos avanzar en una interpretación de la propia batalla y de las lógicas que pueden explicar la participación masiva de los sectores populares. En este punto, es importante destacar que al entender como anacrónicas e improcedentes las atribuciones de una pretendida nacionalidad argentina a los partícipes, se abre toda una serie de interrogantes para pensar cabalmente las motivaciones que llevaron a los sectores subalternos a involucrarse en las disputas políticas y militares de la época. De todas maneras, estamos en condiciones de plantear una serie de hipótesis con diferente grado de certeza para diagramar una serie de elementos que parecen haber confluído.

Comencemos tomando la decisión de Belgrano y el ejército de presentar batalla en Tucumán contrariando la orden del Triunvirato de retroceder hasta Córdoba. Si bien ha

²³ Fradkin, R. O. (2009) “Guerra y sociedad. Los ejércitos, las milicias y los pueblos en el litoral”, ponencia presentada en las Jornadas “Independencia, historia y memoria. Hacia una reflexión sobre los procesos revolucionarios en Iberoamérica”, San Miguel de Tucumán, 20 al 22 de agosto de 2009. p. 1. Véase también Fradkin, R. O. (2010), “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Bandieri, S. (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires: AAHE/Prometeo.

²⁴ Fradkin, R. O. (2009) “Guerra y sociedad...”. p. 19. Además se observa que en relación a las élites, los sectores subalternos se caracterizan por su heterogeneidad en términos materiales, étnicos y culturales. De este modo una historia de dichos sectores deberá ser inevitablemente acotada o regional.

²⁵ Quien ha abierto este tipo de planteos ha sido Antonio Annino. Véase Annino, A., “Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos, 1812-1821” en Annino, A. (comp.) *Voto y nación en Iberoamérica*, Siglo XXI Editores, 1995.

²⁶ Véase Fradkin, R. (2010) “La revolución en los pueblos del litoral rioplatense”. *Estudos Ibero-Americanos*: Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, vol. 36, n°. 2, julio-diciembre. Lógicamente la historiografía mexicana ha sido un terreno fértil en la discusión con el planteo de Annino, véase la siguiente reseña historiográfica en esta dirección, Ávila, A. (2007) “El liberalismo español en América”. *Historia Constitucional*, nº. 8. Disponible en <http://hc.rediris.es/08/index.html>.

pasado a la historia como “la desobediencia genial”, es sugerente pensar como indispensable la presión de la élite tucumana sobre el General Belgrano, al frente de un ejército que retrocedía hacia el sur con un nivel de desarticulación altísimo puesto que a medida que avanzaba en el terreno avanzaba también la deserción entre sus filas, principalmente de quienes se habían acoplado en la marcha hacia el norte y veían al ejército alejarse de sus lugares de origen o pertenencia. En este sentido vemos que las noticias de la retirada del ejército del Alto Perú impactaron profundamente en la sociedad de Tucumán, produciendo “gran estupor y una espantosa confusión y aturdimiento”.²⁷ Al poco tiempo de conocidas dichas noticias, arribó a la ciudad de Tucumán el teniente coronel Juan Ramón Balcarce, enviado por Manuel Belgrano con la orden de recoger todas las armas que se encontraban en la jurisdicción, tanto privadas como del servicio público. Esta orden impartida por Belgrano no fue bien recibida y prontamente el Ayuntamiento decidió conformar una comisión compuesta por referentes de la élite: Bernabé Aráoz, el cura y vicario Pedro Miguel Aráoz y Rudencino Alvarado. El objetivo de la comisión era interceder y proponer al ejército detenerse en Tucumán. En una carta dirigida a Bartolomé Mitre rectificando distintos sucesos de la *Historia de Belgrano*, Marcelino de la Rosa señala que ante la negativa de Belgrano aludiendo que no podía contrariar órdenes del gobierno de Buenos Aires:

...la comisión insistiendo en su propósito, redobló sus argumentos, y hasta se permitió exponerle que abandonar al pueblo, quitándole sus armas, era dejarlo maniatado a disposición del enemigo; y que dada la exaltación de los ánimos, no sería extraño que se sublevase, y lo hostilizase en su marcha.²⁸

Ante estas “sugerencias” Belgrano aceptó detener la retirada pero antes solicitó veinte mil pesos plata y mil quinientos hombres de caballería. En este punto resulta significativo resaltar las dificultades de las autoridades para controlar y dirigir el accionar de los sectores subalternos. Es claro que el posible hostigamiento sobre la marcha se presenta como una amenaza, pero igualmente resulta verosímil como un argumento para que el ejército detenga su rumbo.²⁹ Por otro lado la necesidad de

²⁷ De la Rosa, M. (1968) “Tradiciones históricas de la guerra de independencia argentina” en G. Araúz de La Madrid, *Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid*. Buenos Aires: Eudeba, p. 404.

²⁸ Idem. p. 405.

²⁹ Tal es así que el propio Tristán al ser hostigado por pequeñas partidas en su llegada a Tucumán: “No se imaginaba ni remotamente de que el general Belgrano estuviera en Tucumán, y creía que las partidas de gauchos que lo molestaban era puramente movidas por el interés de robar y saquear a todos los que se desprendiese del ejército”. Idem. p. 407.

Belgrano de resarcir a la tropa luego de la pecaminosa campaña añade un componente sustancial antes de presentar batalla. De este modo, no parece arriesgado señalar que la participación del ejército estuvo alentada por la recepción de un estipendio que la élite tucumana se ocupó de recaudar e incluso no faltan las menciones de historiadores que señalan que la recaudación superó lo solicitado por Belgrano. Evidentemente la posibilidad de sufrir el saqueo del ejército comandado por Pío Tristán, que venía avanzando en buena medida sobre tierra arrasada, motivó el compromiso monetario de la élite tucumana.

Dado que la batalla tuvo efectivamente un alto componente de milicianos, se vuelve entonces necesario abordar las posibles motivaciones que los llevaron a plegarse al ejército. Según los testimonios, luego de la demanda de Belgrano se reunieron en breve “cerca de dos mil hombres decididos; los que fueron armados inmediatamente de lanzas y aun de cuchillos”.³⁰ Para entender la velocidad con que se reunió la milicia es importante recordar, como lo ha demostrado Gabriela Tío Vallejo, que se trataba de una institución consolidada en el espacio tucumano. La tradicional organización miliciana fue la base de la organización que demandó la coyuntura y constituye entonces un primer elemento para interpretar la participación miliciana en la medida que se activaron los canales habituales de convocatoria y respaldo del espacio de la ciudad. De este modo la autodefensa local tuvo una notoria incidencia. Igualmente la participación del ejército en retirada pero también de contingentes que provenían desde zonas aledañas como Santiago, Salta o Catamarca impiden ubicar a la batalla como un mero eslabón de la guerra de autodefensa local a pesar de ser un argumento cabal para la participación de la milicia tucumana.³¹

Una vez convocada, la milicia fue ejercitada en maniobras de caballería y llegado el momento de la batalla tuvo una actuación particular. La batalla en sí misma estuvo marcada por la confusión general, sumándose a la desorganización que reinaba en los movimientos bélicos, el paso de una nube de langostas que generó, según distintos

³⁰ Araóz de La Madrid, G. (1968) *Memorias del general...*, pp. 16-17. Véase Tío Vallejo, G. (2001) *Antiguo Régimen...*, pp. 101 y ss. Para un análisis de la participación de los sectores populares en esta milicia véase Davio, Marisa (2009) “El proceso de militarización durante la Revolución. Tucumán, 1812-1819” en C. López *identidades, representación y poder entre el Antiguo Régimen y la Revolución: Tucumán, 1750-1850*. Rosario: Prohistoria.

³¹ Si se toma el antiguo espacio de la Gobernación del Tucumán puede pensarse a los contingentes también en ese sentido aunque igualmente no se puede entender así al ejército.

testimonios, la percepción de resultar herido ante el golpe de los insectos.³² Los resultados fueron inciertos en primera instancia pero la retirada posterior de las tropas comandadas por Pío Tristán, terminó de sellar la suerte positiva para el Ejército Auxiliar del Perú y las milicias. Todos los relatos coinciden en destacar la arrolladora carga de la milicia situada en el flanco derecho, al mando del coronel Balcarce al tiempo que también destacan la persecución posterior inducida “por el cebo del saqueo de los ricos equipajes de los jefes y oficiales”³³. Dicha persecución en desbandada imposibilitó la reunión de la caballería miliciana para auxiliar a los otros cuerpos que se veían superados y adicionó un elemento al caos sideral. Estos beneficios materiales que buscaba la milicia tras imponerse sobre la caballería e infantería del ejército comandado por Pío Tristán, nos hablan de otra posible motivación para participar en la contienda. El beneficio del botín, conformado por el saqueo sobre el enemigo derrotado parece haber sido tan natural como extendido en las guerras de la revolución, a pesar de que la historiografía posterior se ha preocupado por desacreditarlo como lo ha hecho con diversas prácticas de apropiación directa de recursos que eran comunes o usuales entre los sectores subalternos.³⁴

Estas motivaciones materiales inmediatas, junto con el componente de autodefensa local para evitar la invasión enemiga que aglutinaba el espíritu de cuerpo miliciano, redundan en buena medida en elementos que podríamos entender como económicos. Si bien se presentan como una superación de la mera apelación a la esencial argentinitud de los partícipes, pueden sugerir un planteo esquemático que explicaría los fenómenos sociales a partir de las necesidades materiales. Para atenuar ese esquematismo nos interesa matizarlos o al menos nos interesa preguntarnos sobre el compromiso identitario que se articulaba con estas motivaciones. Sin dudas la identidad que debemos mencionar en primer lugar es la constituida alrededor de “la patria”. Sin embargo, como ya vimos párrafos atrás, la apelación a la patria refería al espacio circundante y no a la nación aún inexistente por lo que se presenta problemática a la hora de pensar la participación de la tropa o las milicias de otras regiones no tucumanas y dificulta encontrar elementos

³² Paz señala que “por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán uno de los combates más difíciles de describirse”. Paz, J. M. (2000) op. cit. p. 29.

³³ De la Rosa, M. “Tradiciones históricas de...”, p. 412. Es necesario destacar que el propio Marcelino De la Rosa menciona en otro pasaje que los bagajes del ejército realista fueron asimismo saqueados y que en dicho saqueo participaron vecinos respetables que se excusa de mencionar “por no herir las susceptibilidades de las familias descendientes.” Idem. p. 414.

³⁴ Véase Fradkin, R. & Ratto, S. (2011) “El botín y las culturas de la guerra en el espacio litoral rioplatense”. *Amnis* [en ligne], 10, URL: <http://amnis.revues.org/1277>. Si bien analizan con detenimiento la zona litoral, los autores marcan ciertas claves regionales.

comunes que permitan esbozar una identidad superadora de las propias representaciones localistas de los partícipes de estos episodios. En este punto, encontramos que el elemento articulador más importante parece ser la religión.³⁵

La motivación que promueve la apelación a la dimensión religiosa fue contemplada por Belgrano quien no dudó en apelar a la protección de la Virgen de las Mercedes antes de la contienda.³⁶ La batalla se libró justamente el día de conmemoración de la advocación mercedaria y entonces el propio Belgrano no escatimaría luego en potenciar la intromisión divina para entender el triunfo de sus tropas. Asimismo, un mes después, el 27 de octubre de 1812, Belgrano entregó el bastón de mando a la Virgen de la Merced nombrándola Generala del Ejército. Además de los efectos puntuales que significó este acto solemne, las monjas de Buenos Aires, enteradas de la ofrenda, enviaron posteriormente “cuatro mil pares de escapularios de la Merced” que fueron distribuidos entre todo el ejército y utilizados en la posterior batalla de Salta de manera tal que “los escapularios vinieron a ser una divisa de guerra”.³⁷ Considerando la multiplicidad de uniformes, el escapulario se constituyó en un distintivo que unificaba al interior del ejército.

Finalmente, vemos que la trascendencia del nombramiento como Generala de la Virgen de la Merced cobra encarnadura en distintas determinaciones posteriores e incluso en la lógica de los conflictos que siguieron. En este sentido, nos parece interesante destacar que en la batalla siguiente, el 20 de febrero de 1813 en la ciudad de Salta, las tropas de Belgrano ingresaron a la ciudad y antes de ocupar la plaza tomaron el convento de la Merced donde, a modo de bandera indicando el ingreso en la ciudad, izaron el poncho de José Superí, nada menos que el Comandante del Batallón de Castas.³⁸

³⁵ Esta línea de análisis ha sido explorada por Pablo Ortemberg en un trabajo reciente donde repone con agudeza la trama religiosa que se desplegaba en la guerra revolucionaria en el Alto Perú y toma con detenimiento el suceso de la batalla de Tucumán. Seguimos aquí su análisis por lo que agradecemos al autor posibilitarnos la lectura de dicho artículo. Véase Ortemberg, P. (2010) “Las Vírgenes Generalas: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, nro. 35, Buenos Aires, 2010, en prensa (circula con autorización del editor. Ortemberg, P. (2011) “El General Pezuela y la Virgen del Carmen: la trama religiosa de la guerra”, en Joaquín de la Pezuela, *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*, Edición y estudios introductorios por Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla Perea, Editorial Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2011, pp. XLI-LII.

³⁶ Furlong, G. (1962) *Diego León Villafañe y su “Batalla de Tucumán”*. Buenos Aires: Theoria, pp. 40-41.

³⁷ Paz, J. M. (2000) op. cit. p. 63.

³⁸ Idem. pp. 71-72. Es aventurado vincular a priori la llegada del Batallón de Castas al Convento de la Merced con el acrecentamiento de la devoción mercedaria entre los sectores más bajos del ejército, pero igualmente este detalle merece una exploración posterior.

Hemos intentado hasta aquí ponderar las motivaciones de los sectores subalternos para participar puntualmente en la batalla de Tucumán. Consideramos los beneficios materiales como inobjetables argumentos pero también observamos la presencia de una tradición miliciana como así también la presencia de la dimensión religiosa como posible aglutinante identitario. En definitiva, creemos que tanto la participación como incluso el accionar en la misma batalla no responden a un espasmódico impulso como lo había planteado la historiografía tradicional sino que enhebran una serie de prácticas habituales que si acaso pueden modificarse a partir de los quiebres producidos por la Revolución, todavía se muestran sumamente vigentes. Siguiendo a Giovanni Levi, creemos que estas prácticas refieren a una racionalidad selectiva desplegada en el complejo entramado de relaciones “entre individuos y normas, entre decisión y acción”.³⁹

³⁹ En su análisis Levi marca dos cuestiones a nuestro juicio relevantes para este trabajo. En primer seña que la racionalidad del mundo campesino no desconoce la sociedad más amplia y compleja en la que se inserta. En segundo lugar advierte el problema de entender a dicha racionalidad con “un esquema funcional y neoclásico” donde de lo que se trata es de “maximizar los resultados prefijados y minimizar los costos”. Levi, G. (1990) *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*. Madrid: Nerea, p. 10.